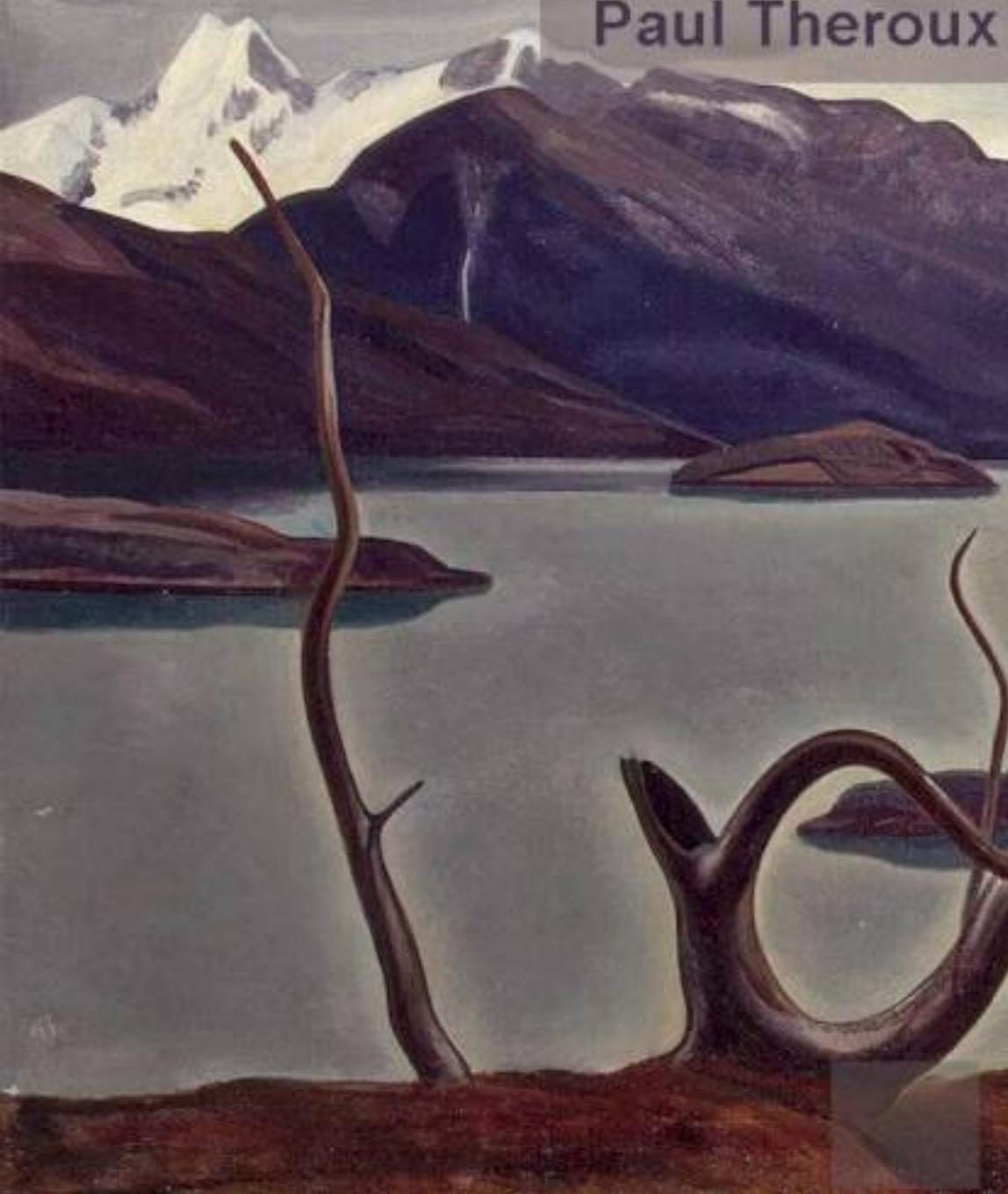


# Retorno a la Patagonia

Bruce Chatwin  
Paul Theroux



Hoy os acercamos un libro de dos de los más famosos y prestigiados escritores de viajes, Paul Theroux y Bruce Chatwin. Se trata de «Retorno a la Patagonia», una aventura en la que ambos autores realizan una vuelta a ese sitio mágico y cautivador que combina los paisajes más hermosos con inclementes temperaturas y la sensación de estar literalmente, en el fin del mundo.

En el comienzo del libro, Chatwin comenta que su compañero y él emprenden el camino rumbo a la Patagonia tanto por la experiencia que brinda recorrerla como por la importancia que tiene para ambos en cuanto a lo literario, porque en aquellas tierras lejanas, en donde el frío y el viento hace imposible la vida de tantas especies, su imaginación y su creatividad florecen.

Ambos autores tenían publicados, al regresar a la Patagonia, sendos libros sobre ella: En el caso de Chatwin, «En la Patagonia» y en el de Theroux «El viejo expreso de la Patagonia».

## BRUCE CHATWIN

Desde que Magallanes la descubriera en 1520, la Patagonia fue conocida como una región de espesas nieblas y huracanes en los confines del mundo habitado. La palabra «Patagonia», como Mandalay o Timbuctú, se instaló en la imaginación occidental como metáfora del Final, el punto más allá del cual nadie podía ir. Por cierto, en el primer capítulo de *Moby Dick*, Melville usa «patagónico» como calificativo de lo remoto, lo monstruoso y lo fatalmente atractivo:

Además, los desiertos y lejanos mares por donde revolvía su masa de isla; los indescritibles peligros sin nombre de la ballena; todas estas cosas, con las maravillas previstas de mil visiones y sonidos patagónicos, contribuyeron a inclinarme a mi deseo.

Paul y yo fuimos a la Patagonia por muy diferentes razones. Pues si bien es cierto que somos viajeros, la verdad es que

somos viajeros literarios. Cualquier referencia o analogía literaria consigue excitarnos tanto como un animal o planta raros; y así coincidimos en algunos de los casos en los que la Patagonia conmovió nuestra imaginación literaria.

A ambos nos fascinan también los desterrados. Aunque el resto del mundo reventase mañana, aún encontraríamos en la Patagonia un asombroso mosaico de las nacionalidades del globo, todas las cuales han ido a parar a esas «cimas finales del exilio» por la sola razón aparente de que estaban allí.

En la Patagonia, en un día cualquiera, el viajero puede encontrar a un galés, a un terrateniente inglés, a un *hippy* de Haight-Ashbury, a un nacionalista montenegrino, a un afrikáner, a un misionero persa de la religión Bahai o al archidiácono de Buenos Aires en gira de bautismos anglicanos.

O puede dar con personajes como Bautista Díaz Low, domador de caballos y anarquista al que conocí cerca de Puerto Natales en el sur de Chile; y quien, con sus propias manos, se había hecho una estancia en medio del húmedo bosque. Me sorprendió su conocimiento, un tanto embrollado, de la expedición del *Beagle*: no porque hubiese leído algún libro sobre el tema o tan siquiera supiese leer, sino porque su bisabuelo, el capitán William Low, había sido piloto de Darwin y de FitzRoy a través de los canales. Fue toda una generosidad por su parte atribuir a su «sangre británica» su coraje y absoluto mal genio.

Los primeros que viajaron a la Patagonia se equivocaron de medio a medio al tomarla por la Tierra del Diablo. En primer lugar, el continente estaba habitado por una raza de gigantes: los indios tehuelches, que vistos más de cerca resultaron menos gigantescos y menos feroces que su reputación y son, posiblemente, quienes le dieron a Swift su modelo para las toscos pero afables habitantes de Brobdingnag.

La Patagonia era también una tierra de extrañas aves y bestias. «Pen-gwin» es, al parecer, una expresión galesa equivalente a «pájaro incapaz de volar»; los marineros isabelinos tenían la superstición de que los pájaros bobos eran las almas de sus camaradas ahogados; y en el siglo XVII, *sir* John Narborough, al visitar Puerto Deseado los describió como «erguidos niñitos de delantal blanco juntos en compañía». Estaba el cóndor que, de algún modo, fue confundido con el águila de Zeus y la roca de Simbad el marino; y fue cerca de las costas de Tierra del Fuego donde el capitán Shelvocke, un corsario inglés del siglo XVIII, vio un albatros:

Los cielos estaban perpetuamente ocultos por deprimentes nubes espesas... se diría que era imposible que ninguna criatura viviente pudiese subsistir en un clima tan severo; y por cierto... no habíamos avistado ni un solo pez de ninguna especie... ningún ave marina, salvo un desconsolado albatros negro... revoloteando a nuestro alrededor como si se hubiese perdido, hasta que Hatley (mi segundo capitán) al observar, en uno de sus ataques de melancolía, que ese pájaro revoloteaba siempre cerca de nosotros, se imaginó, a causa de su color, que podía tratarse de algún mal presagio... y finalmente, al cabo de varias tentativas infructuosas, mató al albatros, confiando (tal vez) en que después tendríamos viento favorable...

Naturalmente, ese texto, antes leído por Wordsworth y luego por Coleridge, se convirtió en este otro:

En niebla o nube, en mástil o en velamen  
se posó nueve ocasos;  
mientras toda la noche, en blanco humo de niebla,

refulgía la blanca claridad de la luna,

¡Dios te salve, oh anciano marinero  
de los demonios que te acosan tanto!

¿Por qué miras así? Con mi ballesta  
yo derribé al albatros.<sup>[1]</sup>

Tampoco contribuyó el final del siglo XIX a disipar la idea de que la Patagonia era un País de las Maravillas. En el instante en que científicos, como Darwin, rascaron el suelo, descubrieron que era un cementerio de huesos de mamíferos prehistóricos, algunos de los cuales se creyó que seguían vivos. Asimismo encontraron bosques petrificados, lagos efervescentes y glaciares de hielo azul que se deslizaban a través de selvas de hayas australes.

## PAUL THEROUX

Cuando pienso en ir a alguna parte, siempre pienso en el sur. Asocio la palabra «sur» con libertad, y a muy temprana edad compré, sólo por su título, el libro *Sur*, de sir Ernest Shackleton. Mi primer empleo fue en el sur de Nyasalandia y no fue una mala elección: allí pude pensar con claridad y por primera vez en mi vida comencé a escribir.

No tenía nada que hacer, de modo que decidí ir a la Patagonia. Fue una elección fácil. Sabía que era la parte más vacía de América y una de las menos conocidas; en consecuencia, un nido de leyendas, semiverdades e informaciones inexactas. Y era accesible por tierra. No hay mayor placer que el de despertar por la mañana en Boston y saber que uno va a viajar 24 000 kilómetros sin tener que tomar un avión. (Me equivocaba, pero en esa época no lo sabía). La Patagonia parecía un distrito de mi propio país, sus gentes se llamaban a sí mismos «americanos». Mirando el mapa, me pareció que yendo hacia el sur podría cruzar México, atravesar de una carrera América Central y, metido en el

gran embudo de América del Sur, dejarme caer lentamente por los Andes para rodar naturalmente hasta la Patagonia, adonde llegaría para descansar. Cuando partí, en Boston estaba nevando: la Patagonia prometía un clima diferente, un cambio de humor y total libertad para vagar.

Ése es el mejor estado de ánimo al comienzo. Estaba deseoso, tenía ganas. Es solamente después, en ruta, cuando uno comprende que las grandes distancias inspiran las mayores ilusiones, y que viajar a solas es, simultáneamente, un placer y un castigo.

La Patagonia no ha sido muy fotografiada. Yo carecía de una imagen mental de ella; tan sólo contaba con el fabuloso borrador de la leyenda, los gigantes de la orilla, el avestruz de la llanura y una sensación de gente desplazada, como mis propios antepasados que habían huido de Europa. Siempre que evocaba una imagen de la Patagonia, nada aparecía y yo me sentía tan impotente como si hubiese tratado de describir el paisaje de algún lejano planeta o pintar el olor de una cebolla. El paisaje desconocido es suficiente justificación para ir hacia él.

Mi otra razón era más bien simple. En 1901, mi bisabuelo dejó Italia por Argentina. Tenía cincuenta y dos años y había llevado una vida bastante miserable de labrador en un pueblecito llamado Agazzano, cerca de Piacenza. Argentina era América y una estancia significaba vivir mejor. Tenía cuatro hijos. Sabía a lo que se exponía: otros italianos se habían marchado y escribían que era un buen sitio para que se instalaran allí italianos. En efecto, había allí tantos italianos que W. H. Hudson estaba convencido de que el lugar había sido arruinado para siempre; una de sus razones para no volver jamás a Argentina fue que los italianos habían echado a perder la vida de las aves.

Sea como fuere, ese hombre, Francesco Calesa, empacó su equipaje para irse a Argentina. No era un caso insólito. Otros miles estaban haciendo lo mismo. Pero cuando llegó al barco le dijeron que en Buenos Aires había estalla-

do una epidemia de fiebre amarilla; nadie podía ir, pues, a Argentina y el barco fue desviado a Nueva York. De ese modo, con cierto recelo, Calesa se marchó a Nueva York con su mujer y sus cuatro hijos. Nueva York le disgustó desde el primer instante y apenas llegaron se puso a tramar su huida. Pero su mujer se negó a acompañarle y, cuando Calesa finalmente dejó América, el matrimonio se deshizo. Calesa se quedó solo, envejecido y ya sin la necesaria confianza para empezar de nuevo en Argentina.

Así pues, la Patagonia entrañaba la promesa de un paisaje desconocido, la ocasión de una experiencia de libertad. Era la parte más austral de mi propio país, el punto de destino perfecto, pero era también un modo de completar el viaje que había querido hacer mi bisabuelo.

Y cuando, al cabo del largo viaje, llegué a la Patagonia me sentí en ninguna parte. Aún más sorprendente: parecía seguir todavía en este mundo. Había estado viajando hacia el sur durante meses. El paisaje mostraba una estampa desoladora; pero no se podía negar que tenía detalles de interés y que yo existía en él. Su imagen fue todo un descubrimiento. Pensé: *«Ninguna parte» es un lugar.*

Allá abajo, el valle patagónico se abismaba en la roca gris marcada por sus franjas prehistóricas y agrietada por las inundaciones. Más allá había una sucesión de colinas, talladas y cuarteadas por el viento que ahora cantaba entre los matorrales balanceándolos al compás. Los matorrales se inmovilizaron de nuevo y quedaron silenciosos. El cielo estaba azul claro. Una nube como un suspiro, blanca como una flor de membrillo, arrastraba la pequeña sombra de un pueblo o quizá del Polo Sur. Vi cómo se acercaba. Se onduló al cruzar las matas y pasó sobre mí, brisa fugaz, para continuar, arrugándose, hacia el este. Aquí no había voces. Sólo había eso, lo que contemplaba; y aunque más allá hubiese montañas y glaciares y albatros e indios, no había aquí nada de qué hablar, nada que me retuviese. Tan sólo la paradoja patagónica: flores diminutas en un vasto espacio;

para permanecer aquí había que ser miniaturista o, si no, estar interesado en enormes espacios vacíos. No existía una zona intermedia de estudio. Una de dos: la enormidad del desierto o la vista de una pequeñísima flor. En la Patagonia era preciso elegir entre lo minúsculo o lo desmesurado.

## BRUCE CHATWIN

Para mí, la Patagonia era un País de las Maravillas desde la precoz edad de tres años. En la vitrina de curiosidades de mi abuela había un trozo de piel de animal con gruesos pelos rojizos, clavado a una tarjeta con un alfiler herrumbroso.

—¿Qué es eso? —pregunté. Y se me respondió:

—Un pedazo de brontosaurio —o al menos eso es lo que me pareció escuchar.

La historia, tal como me la contaron, era que Charley Milward el Marino, sobrino de mi abuela, había encontrado en un glaciar de Tierra del Fuego un brontosaurio perfectamente conservado. Lo hizo salar y, embalado en barriles, lo mandó al Museo de Historia Natural de South Kensington. Desgraciadamente, sin embargo, se pudrió al cruzar los trópicos y ésa era la causa de que en el museo se pudiera ver el esqueleto de un brontosaurio pero no su piel. A pesar de todo, el sobrino marino le había enviado un trozo a mi abuela, por correo.

Esa historia era falsa, naturalmente, y fue un golpe terrible enterarme a mis ocho o nueve años de que los brontosaurios no tenían pelo sino una armadura de cuero escamoso. La bestia de mi infancia resultó ser en realidad el milodonte u oso morrudo gigante,<sup>[2]</sup> un animal que extinguió en la Patagonia unos 10 000 años atrás, pero cuya piel, huesos y excrementos fueron hallados —conservados por desecamiento y sal— en una cueva del estrecho de Última Esperanza, en la provincia chilena de Magallanes.

Mi primo Charley, capitán un tanto irascible de la New Zealand Shipping Company, era un excéntrico; el primer barco que comandó, el *Mataura*, naufragó en la isla Desolación, en la embocadura del estrecho de Magallanes, en 1898. Durante el salvamento sucumbió al encanto del lejano sur y se instaló en el deprimente puerto de Punta Arenas, donde compró una participación en una fundición de hierro. En 1904 se convirtió en cónsul británico, y cuando edificó su residencia reconstruyó, por pura añoranza, la casa parroquial de su padre en Birmingham. Los vecinos solían decir: «Supongo que cree que desde un sitio como ese irá al cielo más rápidamente». Fue en esa casa, en 1915, donde residió *sir* Ernest Shackleton durante aquellos días terribles en los que estuvo aguardando que la Marina chilena enviara un remolcador, el *Yelcho*, para sacar a sus hombres de la isla del Elefante.

No obstante, doce años antes, Charley había ayudado a un alemán medio loco, buscador de oro, llamado Albert Konrad a dinamitar la cueva en busca de piel y huesos de milodonte que, en esa época, se habían convertido en una mercancía vendible a los museos europeos de historia natural. Algunos zoólogos, incluido *sir* Arthur Smith Woodward, habían pensado que la bestia aún existía y el *Daily Express* financió una expedición para ir en su busca. Fracasaron, claro está, pero el episodio dejó su huella en la literatura: parece ser un ingrediente de *El mundo perdido*, de Conan Doyle.

Por mi parte, nunca he deseado nada tanto como ese trozo de piel. Pero se extravió cuando mi abuela murió, y me prometí que algún día iría en busca de otro para reemplazarlo. Esa quimérica obsesión terminó una tormentosa tarde de 1976, cuando en el fondo de la cueva descubrí unos mechones de pelo y un montón de excrementos de milodonte ligeramente parecidos a los del caballo de la pasada semana. Tanto, que la señora de la limpieza se ofendió y al otro día arrojó todo aquello a la basura. Al descubrirlos escuché voces que entonaban el «Ave María» y pensé haber enloquecido sin remedio. Quienes cantaban eran las monjas de un convento de Punta Arenas en su excursión de los sábados en autobús. Ya las había visto la semana anterior en otra visita, en la colonia de pingüinos de cabo Vírgenes.

Mi montoncito de excrementos no era precisamente el Vellocino de Oro, pero me dio la idea de dar forma a un libro de viajes. Y el más antiguo género de relatos de viaje es aquel en el que el narrador abandona el hogar para desplazarse a un lejano país en pos de una bestia legendaria.

## PAUL THEROUX

A los pocos años de la visita de Darwin a la Patagonia (1832), una familia norteamericana emigró a la Argentina y se estableció en la región del Río de la Plata, a unos quince kilómetros de Buenos Aires. Fueron de los primeros norteamericanos en establecerse allí, yanquis hasta la médula: el hombre había nacido en el puerto de Marblehead en Massachusetts; su mujer, descendiente de los Padres Peregrinos, era de Maine. Pese a ser agricultores con poco éxito permanecieron en Argentina el resto de sus vidas. Ésos fueron los padres de W. H. Hudson, nacido en Quilmes en 1841.

Para tratarse de alguien que se consideraba inglés, tenía un extraño linaje. Durante treinta y dos años vivió en Argentina; pasó un año en la Patagonia en los alrededores del río Negro. En 1868 murió su padre y él abandonó Suramérica y se marchó a Inglaterra; aquí se estableció, malviviendo la mayor parte del tiempo mientras su mujer dirigía sin fortuna una casa de huéspedes tras otra. Murió en la buhardilla de la última de las pensiones, en North Kensin-

gton, en la pequeña habitación donde había trabajado. Debió ser infernal, pues medía más de un metro ochenta y cinco.

Parece haber sido la persona más serena que cabe imaginar: nunca olvidó la Patagonia y nunca dejó de escribir acerca de ella. Lo que buscó en Inglaterra fueron precisamente sus ambientes patagónicos: Cornwall y el llano de Salisbury, las regiones deshabitadas, chatas, barridas por el viento. Se describía a sí mismo como un naturalista en el viejo y original sentido de la palabra, alguien interesado sobre todo en «la vida y la conversación de los animales».

Jorge Luis Borges dijo una vez: «Allá no se encuentra nada. En la Patagonia no hay nada. Por eso le gustaba a Hudson. Como puede observarse, en sus libros no hay gente».

Eso es parcialmente cierto y Hudson sugiere un motivo en su *Días de ocio en la Patagonia*: «A pesar de lo que se nos ha enseñado, a veces se nos ocurre que el ser humano es algo inferior a las bestias». Los libros de Hudson son singulares. Algunos se refieren a pájaros solamente. En una novela, *Una época de cristal*, se manifiesta contra el impulso sexual. En su opinión, el sexo es incitado por la falta de creatividad en las tareas del industrialismo; la debilidad del ser humano se debe a que está hipersexualizado. Hudson creía que el mejor recurso para la sociedad consistía en imitar el modelo de la colmena, con una mujer por comunidad para la crianza de los hijos, igual que la abeja-reina. Su pensamiento central, según le escribió a Edward Garnett, era que no habrá paz en la tierra hasta que «la furia sexual se haya consumido a sí misma». Se casó a la edad de 35 años; su mujer tenía 50. No tuvieron hijos.

El mensaje de *Días de ocio en la Patagonia*, que fue escrito en una casa de huéspedes en Londres en 1893, es según las mayúsculas del mismo Hudson: PROBAR LA PATAGONIA. La Patagonia es el remedio para las enfermedades de la humanidad. Ofrece igualmente la ocasión para compro-